

IX. *Epílogo de este argumento, y confirmacion de lo dicho en los capítulos anteriores.*

Pero volvamos á hablar con Bayle y recapitemos en breve todo lo dicho hasta aquí. 1º Lucilio Vanini, reconocido por ateo (á lo menos en sus doctrinas) por Bayle, y por todos los escritores que han hecho mencion de él, según el testimonio de quien le conoció, fué un *malvado, ansioso siempre de placeres*; luego lo que Bayle dice de sus regulares costumbres es falso. 2º Vanini diseminó entre jóvenes disolutos la impiedad; lo que por confesion de Bayle no es propio de un *hombre grave y enemigo de los deleites y vanidades de la tierra*, sino de quien lleno de vanidad desea el concepto de espíritu grande, y dominado de la sensualidad quiere sacudir el yugo de la ley que le es contraria. Luego el haber dogmatizado Vanini, mas bien que efecto de *amor puro á sus semejantes*, fué indicio manifiesto de la vanidad de su espíritu y de la corrupcion de su corazon. 3º Vanini á presencia de los jueces, y á la proximidad de los tormentos, no perseveró constante en defender sus doctrinas; antes bien habiéndolas condenado, aunque fuese en apariencia, se ingenió como pudo para evitar el castigo. Luego este mártir del ateismo es una ficcion de Bayle, y aquella heróica probidad que él infiere, y á la que dice son inducidos los hombres por sola la razon, sin el conocimiento expreso de Dios, es una quimera y un delirio. 4º Aunque Vanini aparentase intrepidez, y dijese queria morir como filósofo, viendo cercana la muerte perdió la filosofía, olvidó el sistema, y su valor se trasformó en agitacion, el orgullo en abatimiento y despues en furor. Luego así como este hombre nos ha dado en la corrupcion de sus costumbres un nuevo ejemplo de la mala vida de los impíos; así en los artificios con que intentó evadir el suplicio que le amenazaba, y en las desesperadas agitaciones con que lo sufrió, nos presenta un nuevo argumento de que los incrédulos á la hora de la muerte pierden la fortaleza, y se trasforman en viles y cobardes. Todo esto prueba con evidencia lo que en los antecedentes capítulos habíamos explicado; y es, que no

una metafísica sublime, sino una corrupcion excesiva de costumbres, es el primer *manantial y fuente de la impiedad*; y que en los incrédulos no hay una firme persuasion de entendimiento, sino una vanidad y orgullo, el cual á vista de los peligros se convierte en abatimiento y en vileza.

---



---

## CAPÍTULO X.

Moral de los deistas y de los naturalistas.

1. *Cuán corrompida deba ser la moral de los Deistas en virtud de su sistema.*

Como al describir la corrompida moral de los filósofos no hemos hecho mencion sino de los ateistas, enemigos declarados de toda Religion, podrá acaso haber ocurrido á alguno la duda de si se debe hacer el mismo juicio de los *deistas*, quienes dicen reconocer un Dios, y tambien de los *naturalistas*, que aunque no crean la revelacion, hacen profesion de seguir los dictámenes de la Religion natural. Podria aumentar esta duda, especialmente en las personas sencillas, el oír las magníficas palabras con que estos filósofos, ya en sus obras, ya en las conversaciones particulares, ensalzan *la probidad, la buena fe, la virtud y buenas costumbres*, sobre todo lo cual forman sin cesar tratados, y se erigen en maestros. Mas todo ello es vanidad é impostura, que no sirve sino para deslumbrar á los incautos, y ocultar el veneno que en sus doctrinas va escondido. Todos estos, en virtud de su sistema, no deben ser mas virtuosos que los ateos. Y para hablar primero de los deistas, que dicen admitir un Dios, pero un Dios ciego, ocioso é impotente, quitándole el conocimiento y el gobierno del mundo, y en especial la vigilancia sobre las acciones humanas para premiarlas ó castigarlas; la cosa habla por sí misma. Porque en efecto, ¿qué motivo tendrán para refrenar las



inclinaciones de la naturaleza corrompida, y oponerse generosamente á las pasiones que puedan complacer sin disgusto ni castigo? En tiempo de Ciceron, como ya hemos observado, se decia que Epicuro, príncipe de los deistas, habia compuesto libros en que se trataba de la santidad. *Este hombre bufon y libertino* (añade el sabio orador al oírle) *¿quiere burlarse de nosotros? ¿Qué santidad puede haber si los dioses no cuidan de las cosas humanas?*

En efecto, la máxima fundamental en que están iniciados los adscriptos entre los deistas, es que solamente en esta vida es capaz el hombre de gozo; mas despues de la muerte debe ser igual la condicion del que refrena y contiene, y la del que sacia y satisface todos sus apetitos. De este principio ¿qué consecuencias, qué reglas de moral podrán deducir estos filósofos? ¿Con qué ansiosa solicitud no procurará todos los placeres y satisfacciones de su apetito el que piensa que no vive en el mundo sino para gozar de él? ¿Con qué audacia no se cometerán las traiciones ocultas, los fraudes y los perjuros, aunque se trastornen hasta las más santas leyes de la naturaleza y de la sangre, y se rompan todos los vínculos de la sociedad, por hombres, que si pueden sustraerse á la justicia del Príncipe, ya no temen otro juez que les observe, y pueda ó tenga intencion de castigarlos? La moderacion pues de las pasiones, la justicia, la honestidad y las otras virtudes morales que de ahí se derivan, en boca de estos son palabras sin sentido: y si alguna vez aparece algo de ello en el tenor de su vida, es una máscara con que se encubre el amor propio, ó por mucha saciedad de los excesos pasados, ó para facilitarse en la sociedad camino mas libre y seguro de cometer otros nuevos.

II. *Se confirma con el testimonio del autor de las Cartas sobre la Religion esencial al hombre.*

Que esta sea la teología moral de los deistas, lo confirma el autor de las *Cartas sobre la Religion esencial al hombre*, de quien ya habíamos hecho mencion en otra

parte, y á quien no podrán recusar como uno de ellos<sup>1</sup>. Este, en una carta que finge habersele dirigido, escribe así: «De ser Dios suficiente á sí mismo<sup>2</sup> infieren los es-  
» píritus fuertes que atiende poco á lo que pasa entre los  
» hombres. Dicen, que la infinita distancia que hay entre  
» el Criador y la criatura, le ensalza sobre ellas de ma-  
» nera, que no pueden ofenderle sus excesos. Que con-  
» tento con su propia felicidad no puede envidiarlas aque-  
» llas satisfacciones ligeras que se procuran en el mun-  
» do, y mucho menos hacérselas purgar con rigurosos  
» castigos: que los hombres mas sabios son los que sa-  
» ben aprovecharse de la vida, gozando de los placeres  
» que ofrece, sin dejarse perturbar de inútiles temo-  
» res en orden á lo futuro, los cuales no dan á la  
» Divinidad mas honor que le da deshonor el goce de los  
» placeres. Pero estas conclusiones (sigue el mismo) en-  
» vuelven directamente la ruina de las buenas costum-  
» bres.»

III. *Este filósofo hace traicion á la verdad, pretendiendo que hasta ahora no se han disuelto las objeciones de los deistas.*

Tal es, pues, el carácter y la virtud de tantos deistas, que quieren pasar en el mundo por hombres virtuosos y de buenas costumbres. ¿No merecen á la verdad tan bello elogio? ¿Pero qué diremos de los *naturalistas*, que hollada y negada la revelacion divina, se lisonjean seguir los mas duros dictámenes de la Religion natural? No hay duda que sentados los principios fundamentales de la Religion natural, que son la *existencia de un verdadero Dios*, sapientísimo y omnipotente, Criador y Gobernador del mundo, y establecida tambien la *libertad* y la *inmortalidad del alma*, pueden de aquí deducirse los pre-

<sup>1</sup> Se dice ser Maria Huber nacida en Ginebra, y muerta en Leon en junio de 1753, á los cincuenta y nueve años. Aunque protestante de nacimiento, en su obra se manifiesta realmente deísta. Habia sin duda conocido la inconsecuencia de los principios de su secta, y avanzó al deísmo, á que aquellos infaliblemente conducen. No hay cosa mas fastidiosa que una mujer presumida de sabia.

<sup>2</sup> *Cartas sobre la Relig. esenc.*, p. 1, pág. 2.



ceptos universales del derecho natural, ó los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo, y para con la sociedad; y formar de este modo la teoría de una moral pura (aunque muy defectuosa relativamente á las necesidades actuales del hombre mal inclinado y corrompido), y deducir tambien fuertes motivos para observarla. Pero el hecho es que en la escuela de los *naturalistas* no domina esta moral pura, sino un libertinaje poco ó nada inferior al de los ateos y deistas. Vengamos á la prueba, y tomemos en la mano las *Cartas sobre la Religión esencial al hombre* ya citadas, y pongamos en claro el sistema de moral de su autor, aunque encubierto entre mil equívocos y sofismas.

Haciéndose cargo de la citada doctrina de los *espíritus fuertes*, de la cual confiesa procede la entera corrupcion de costumbres, sigue diciendo que muchos han pretendido combatirla con racionios muy obvios, que son puntualmente los que la Religión y la recta razon dictan. « Han dicho (son sus palabras) que la Divinidad, » aunque suficiente á sí misma, quiso criar seres para » ser glorificada; que les ha dado leyes, é impuesto » condiciones á que van anejas penas ó premios. Añaden, que habiendo querido Dios manifestar á los hombres el modo con que quiere ser servido, no podria » mirar con indiferencia la obediencia ó la infidelidad; » que es zeloso de su gloria, y que su justicia no le obligaba menos á ejecutar sus amenazas que á cumplir sus » promesas <sup>1</sup>. » Despues de mencionar estas doctrinas, con las cuales, bien entendidas, quedan confundidas enteramente las necedades de los deistas, ¿qué es lo que dice nuestro autor? Vedlo aquí: « Tales son, dice, las » soluciones ordinarias con que se pretenden parar los » golpes que los espíritus fuertes vibran contra la Religión. Mas es evidente que semejantes soluciones, lejos de deshacer la dificultad, la dejan en su entera » fuerza. ¿Y porqué? Porque ellos (los espíritus fuertes) continúan preguntando: ¿qué satisfaccion podrá » tener el Sér infinito del servicio que exige de unos » pequeños gusanillos, cuales son los hombres? » Y di-

1 *Ibid.*, carta 1.

cho esto, el impío pasa adelante, como si esta objecion no tuviese respuesta. ¿Puede venderse la causa de la verdad con mayor debilidad ó malicia? Para cerrar la boca á los deistas bastaba decirles, que la satisfaccion que tiene el Sér infinito en el servicio de los hombres no consiste en alguna utilidad ó aumento de su felicidad propia; sino en obrar en esto conforme á su sabiduría, su bondad, justicia, poder, y todas las otras sus adorables perfecciones, por las cuales habiendo criado al hombre capaz de conocer el orden, y guardarle con la rectitud de sus afectos, él, como Soberano y moderador perfectísimo, lo quiere así, y lo procura con promesas y con amenazas. En la ejecucion de todo esto Dios obra como un Sér que es infinito en toda perfeccion, y en lo que consiste su esencial satisfaccion y felicidad. Esta breve y evidente doctrina basta para destruir de un golpe, y desvanecer todo el sofisma que sobre la idea del Sér suficiente á sí mismo forman neciamente los deistas, y para establecer y afianzar la fuerza de las respuestas contra la pretendida licencia ó desenfreno.

#### IV. *Expónese el sistema de este autor, y se muestra brevemente su insubsistencia.*

Pero observemos con qué pensamientos entra en el campo contra ellos el citado autor de las *Cartas*, que excluye como insuficientes las soluciones empleadas por la sana teología. Preste de gracia el lector toda su atencion á este naturalista, y verá que, pretendiendo refutar con nuevos pensamientos á los deistas, dice impiedades no menos enormes, y establece un sistema que abre el camino á la misma ruina de las buenas costumbres, con que les daba en cara.

Segun este filósofo, Dios no se movió á la creacion y régimen de los hombres, sino solamente por el deseo de que fuesen felices. Las iniquidades de los hombres en manera ninguna le ofenden, ni el culto ó virtudes le honran. Sin embargo les prohíbe las maldades, y atiende á su vida y conducta, porque se perjudican á sí mismos. Este perjuicio lo pagarán *acaso* en la otra vi-



da : mas eso será de poca, y seguramente no eterna duracion ; porque siendo Dios un Sér suficiente á sí mismo, y no habiendo tenido otra mira en formar criaturas capaces de felicidad que la de hacerlas llegar á ella, deberá infaliblemente, á pesar de todos los delitos de esta vida, hacerlas felices á todas. Este es el sistema con que este sutil escritor pretende atacar invenciblemente á los deístas, y fijar la base mas firme de la Religion y de las buenas costumbres.

Antes de pasar adelante quisiéramos advertir al lector, que no siendo por ahora nuestra intencion otra que el manifestar la corrompida moral de los naturalistas, no podemos detenernos á confutar de propósito estos falsos principios. Para echarlos por tierra de un golpe basta reflexionar, que todos ellos se apoyan en el falso supuesto de que en Dios no hay mas que una bondad ciega, en virtud de la cual lo hace todo. *Dios es un Sér suficiente á sí mismo.* No hay duda ; pero ¿ porqué ? Porque en él está el cúmulo de todas las perfecciones ; esto es, la bondad, potencia, sabiduría, justicia y otras infinitas que no separadamente, sino unidas y de concierto, resplandecen en sus obras. Él no pretende, ó puede pretender, alguna utilidad propia en la produccion y régimen de sus criaturas ; pero sí quiere, y no puede menos de querer que de ello resulte su gloria, que consiste en la manifestacion de sus adorables perfecciones. De aquí se sigue, que habiendo formado criaturas capaces de felicidad, quiere conducir las á ella, mas no contra los consejos de su sabiduría y derechos de su justicia cuyos atributos deben reconocerse en el *Sér suficiente á sí mismo*, no menos que la bondad. Con este certísimo principio á la vista es bien fácil desvanecer todos los mencionados sofismas, los cuales dólidamente se van sembrando desde el principio hasta el fin, no solamente en estas *Cartas* citadas, sino en todos los libros de los naturalistas y deístas.

Pero volvamos á nuestro asunto, y para que no se dude de nuestra sinceridad en referir el sistema del autor precitado, pongamos aquí sus palabras : « Si Dios <sup>1</sup> es

<sup>1</sup> Carta 1, pág. 6.

» suficiente á sí mismo, será perfectamente desinteresado : si es perfectamente desinteresado, no ha sacado los hombres de la nada para aumentar su propia bienaventuranza. Criando pues séres capaces de felicidad, no pudo tener otro fin que conducirlos á ella : si este fué su fin, como no puede dudarse, este fin subsiste invariablemente. Luego Dios (hé aquí su gran consecuencia contra los deístas) se interesa por el bien de los séres que ha criado. » Y poco despues : « Hablando exactamente, el Sér infinito no puede ser ofendido : las criaturas son las que se ofenden á sí mismas, y esta es la razon porque sus desórdenes desagradan á Dios. » Y no mucho despues : « Os concedo (á los deístas) que hablando exactamente no deshonran mas á Dios los placeres que los hombres se proporcionan, que le honran sus temores acerca de lo futuro. Mas debeis vosotros concederme tambien á mí, que si esta vida futura es una cosa real, y corresponde al uso que hace cada uno de la vida, en tal caso no serian inútiles unas justas precauciones ; y la misma bondad que empeñó á Dios á interesarse por los hombres, le empeñaria tambien en prevenirles de lo que tienen que esperar. » ¿ Mas qué es lo que los malos tienen que esperar en la otra vida ? Acerca de esto explica sus pensamientos en la carta iv.

V. *Continúa la exposicion del sistema del mismo autor respecto á la otra vida.*

En seguida, despues de varios rodeos equívocos y paradojas, establece las siguientes proposiciones, á saber : Que así como en los miembros del cuerpo, así tambien en las facultades del espíritu *el dolor <sup>1</sup> es una consecuencia natural é inevitable del desórden.* Pasa despues á dar la definicion de la justicia de Dios, y con ideas muy extrañas dice : « Es aquella voluntad constante que hay en Dios de conducir las criaturas á la felicidad, reponiéndolas en el órden que en él es inseparable. Hé ahí, *dice*, lo que es la justicia rigurosa. »

<sup>1</sup> Carta iv. ;



Propónese despues una cuestión, y pregunta : « ¿Cuál » será la causa próxima de las penas que sufrirán los » malos en la otra vida? ¿Procederán de la mismá Di- » vinidad, ó serán solamente una consecuencia natural » del desórden? » Y responde : « Que el desórden es » esencialmente la causa del dolor, y bastaria por sí » solo á hacer infelicísimo al hombre; pero sin embar- » go podria ser que los medios que la sabiduría y po- » der de Dios emplease en remediar el trastorno que » en el hombre se introdujo, fuesen para él ocasion de » mas violentos dolores. » Y lo explica esto con el ejem- » plo de uno que cura un desconcierto doloroso de un » brazo ú otro miembro dislocado del cuerpo, lo cual se » ejecuta con un dolor gravísimo. Mas para no asustar » demasiado con estas ideas á sus parciales, los consuela » y anima con la segura esperanza del dichoso fin que » tendrán estas dislocaciones espirituales en la otra vida. » Y así poco despues escribe : « Hemos demostrado <sup>1</sup> que » el dolor es una consecuencia inevitable del desórden, » y no una pena impuesta. Y aun cuando se quiera que » haya estas penas impuestas, hemos demostrado tam- » bien que Dios en estas penas no puede tener otro ob- » jeto que volver á reducir al hombre á la felicidad » restableciéndole en el órden. » Mas por quanto el au- » tor teme que tales penas, aunque por él tan moderadas » y reducidas, podrian todavía amargar á los malvados » que quieren vivir en el desórden, protesta al pié de la » carta en una nota que á nadie obliga á que crea sus » doctrinas; y aun da á entender no llevaria á mal aun » cuando se mirasen como necias estas opiniones en ór- » den á las penas de la otra vida. Hé aquí sus palabras : » « ¿Se preguntará si no podria Dios reponer á los hom- » bres en la integridad primera sin que les costase » pena alguna? Yo nada tengo que decir contra el po- » der de Dios. Los que quisieren reposar sobre ello » sin certeza alguna, dado que esta suposicion pueda » componerse con la sabiduría y la equidad perfecta, » serán dueños de hacerlo <sup>2</sup>. »

<sup>1</sup> Carta iv. — <sup>2</sup> *Ibid.*

#### VI. *Perniciosas consecuencias de este sistema.*

Hé aquí el terrible sistema que el autor de las *Cartas* opone á los deistas, hasta ahora, segun su parecer, no bien confutados de ninguno : sistema, digo, que él pretende ser la *verdadera base de la Religion*<sup>1</sup>, y abrazar en sí los estímulos mas fuertes y eficaces para excitar á los hombres á las buenas costumbres. Yo verdaderamente cada vez me afirmo mas en la opinion de que todos los incrédulos de nuestros dias, perdiendo la Religion, pierden el juicio con ella. ¿Y quién no ve que aquel mismo libertinaje, que por confesion de este escritor nace de la hipótesis de los deistas, se sostiene todo entero tambien en el suyo? ¿Cómo no? Un deista prevenido con la falsa opinion de que Dios *suficiente á sí mismo* no se mezcla en los negocios humanos : de que á Dios ensalzado infinitamente sobre todo no le ofenden los delitos de los hombres : que contento con su felicidad no puede prohibirles los placeres, dará rienda suelta á todas sus pasiones. Y qué, ¿no seguirá ese camino el impío cuando haya oido decir á nuestro naturalista, que Dios, *suficiente á sí mismo*, si atiende á las cosas humanas, lo hace sin sentimiento ó zelo alguno de su gloria, y despojado enteramente de toda arma y de todo rigor de justicia para castigar á los malos? ¿Que Dios no se juzga ni tiene por mas deshonorado con la impudencia y pecados de los hombres, que honrado con la reverencia y temor? ¿Y que si prohíbe el apartarse del órden, no tiene en ello otra mira que el que eviten los daños, que naturalmente resultan de tal extravío? Es cierto que habla este autor de las penas de la otra vida; pero de un modo tan caprichoso, que las hace poco menos que ridículas; tan vacilante, que no las da firmeza alguna; y por último, no reconociendo en Dios mas que una voluntad absoluta y universal de hacer felices á todos, borra la aprension de toda pena, y promete á todos con seguridad, aun despues de una vida llena de los mayores desórdenes, una eternidad de gozos. ¿Qué fuerza pues ten-

<sup>1</sup> *Ibid.*, 1, pág. 3.



drá tal doctrina para contener á un libertino en su deber? Mas bien, ¿qué esfuerzo no le prestará para cometer los mas nefandos desórdenes cuando se le antoje? ¿Qué impresion hará en él el dolor, con que este autor le amenaza, como consecuencia natural de aquellos excesos, en que al presente halla tanto gozo y complacencia? ¿Qué temor le causará aquel infierno ó purgatorio de nueva invencion, que no tiene otra existencia que en la extravagante fantasía poética de este autor; y que si empieza con una escena un poco trágica, debe ciertamente convertirse luego, ó bien presto, en una eterna y alegre comedia? Á un fanático, por ejemplo, preocupado de este sistema, ¿qué le podrá detener de darse la muerte, exceso tan comun, y á que se abandonan, no por defecto de filtracion de los *sucos* nérvicos, como pretende el autor del *Espíritu de las leyes*, sino por defecto de Religion, muchos de cierta nacion? Antes bien por el contrario un poeta pone este sistema puntualmente en boca de los tales, y los pinta intrépidos en el enorme atentado, fingiendo que dicen:

El sér que ha de juzgarme  
En esta oscura noche,  
Es el mas tierno amigo  
De la naturaleza y de los hombres.  
Su bondad infinita  
Mi espíritu conoce;  
Y en sus paternos brazos  
Se arrojará sin miedo que le asombre.

Es pues una impostura ó una necedad la que nuestro filósofo ostenta en el principio y en el progreso de sus cartas, pretendiendo persuadir á los espíritus fuertes la Religion y la virtud, que en su sistema se veian arruinadas y destruidas, y nunca bien defendidas con regulares argumentos. Las mismas consecuencias que aparenta detestar en ellos, nacen tambien de sus doctrinas: y así como en lo que toca á la Religion y á las costumbres poco ó nada se diferencia del sistema del *ateo*, para quien no hay Dios, el de un *deísta* que, aunque lo admita, le niega el régimen del mundo; así tambien, respectivamente á la Religion y costumbres, el sistema de nuestro *naturalista* se diferencia muy poco del de los

otros. Porque si dice que Dios existe y atiende á los hombres, niega que le honren ó le ultrajen; ni pretenda otra cosa que hacerlos completa y eternamente felices, de cualquier modo que vivan. Y así no sabré decir, si es verdadera ilusion, ó serán rasgos de ironía las palabras de cierto escritor protestante<sup>1</sup>, que en el principio de la confutacion de estas cartas, cuyo veneno confiesa y descubre, entre otras cosas dice: «Que hay en ellas mucho » que habla en su favor... que en todas partes se muestra » sincero enemigo del vicio y zeloso por la causa de las » buenas costumbres: que reconoce una Providencia y » otra vida, y penas y recompensas despues de la muerte; » cosas todas, que los espíritus fuertes no creen... que » en toda la obra inculca principios de moral pura y aun » severa.... y que se advierte en él un serio designio de » conducir á los hombres á la virtud, y hacerlos mejores » de lo que son. Aunque es verdad (añade) que los me- » dios que emplea para este fin, parecen defectuosísi- » mos.» Digamos mejor que no solo son defectuosísimos, sino directamente opuestos al fin de la virtud y de la piedad. Diremos mas, que de la pequeña idea que se ha dado de dos cartas solamente, y se pudiera ampliar examinando las otras, se puede seguramente inferir, que este escritor ó estaba enteramente ciego, si no veia que con su sistema se abria el camino á la disolucion mas desenfadada, que él mismo confiesa nace del sistema de los *deístas*; ó era sino un incrédulo falaz que queria burlarse de los sencillos, y con la máscara de virtud y religion cubrir la impiedad y el libertinaje, que fingidamente combate.

VII. *Ensayo sobre los Principios de filosofia moral de otro autor al parecer naturalista. Fiel exposicion de sus opiniones en orden á la sancion de las leyes naturales.*

Otro tanto vale, por lo que respecta á la materia que tratamos, un cierto folleto<sup>2</sup> intitulado: *Principios de*

<sup>1</sup> *Cartas sobre los verdaderos principios de la Religion.* Carta 1, pág. 5.

<sup>2</sup> *Principios de filosofia moral*, en Ginebra, 1754.



*filosofía moral*, que poco ha salió de las imprentas de Ginebra. No se debe negar al autor el mérito de un método consiguiente y preciso : que en él se ven ideas muy claras, que las une en muchos lugares exactamente, y siempre se explica con decencia. Protesta desde el principio <sup>1</sup> « no haber contado con la revelacion en su » moral <sup>2</sup> (lo que por otra parte, dice, le ha costado » mucha pena), siendo distintísimas estas dos ciencias. » La revelacion, añade, está fundada en la autoridad, y » la moral es una cadena de racionios : y he tenido » por conveniente experimentar hasta donde podia conducirme la luz de la razon sin el auxilio de la autoridad. » Es cierto que tratándose de la moral, no se

1. *Discurso preliminar.*

2 Este es uno de los medios mas usados y mas dolosos de nuestros filósofos para inspirar y propalar sus errores sin temor de ser detenidos. En argumentos, en discursos, en escritos y de palabra, hacen siempre la protesta de cristianos (en verdad era necesaria esa previa profesion de fe para que no se les tuviese por gentiles); pero, añadiendo despues : *prescindamos de la Revelacion, hablemos ahora como filósofos*; se desencadenan en mil dieterios contra la Religion y sus dogmas. Un Cristiano, si verdaderamente lo es, no debe *prescindir* jamás de la *Revelacion*, cuyas verdades sabe no pueden contrariarse á las ciencias filosóficas; antes por lo que de aquella ciertamente le consta debe acomodar estas, cuya certeza no puede serle tan segura. *Prescindir de la Revelacion* un Cristiano es prescindir de lo que sabe positivamente que es cierto, para abandonarse á la incertidumbre de las opiniones y extravagancias. *Hablemos como filósofos*, es decir, hablemos como gentiles : olvidemos, ó nada nos importan las verdades dichas por Dios : busquemos algun sofisma con que embrollarlas y confundirlas. ¿Qué enfermo, de dos medicinas, de las cuales sabe que una positivamente le dará la salud, y de la otra no le consta, antes tiene fundados recelos que puede empeorarle ó quitar la vida, simplemente por experimentar dejará la primera y tomará la segunda? De dos caminos, uno de los cuales segura y directamente lleva al puerto, y el otro está lleno de barrancas y precipicios, y es frecuentado de ladrones, y donde muchos han sido asesinados, ¿quién únicamente por ver, tomará este y dejará el primero? Hablemos pues como filósofos, pero como filósofos cristianos; y en vez de prescindir de la Revelacion, uniformemos á ella la razon : la regla no se debe acomodar á las cosas para rectificarse, sino estas á ella para que sean rectas.

pretende deba tratarse de la revelación <sup>1</sup>, y á nadie se niega el servirse de las luces de la razon al disputar de las costumbres. Pero el hecho es, que un hombre convencido de la existencia de la divina revelacion, en la cual están los mas claros y verdaderos principios de la moral, ni puede ni debe (si busca la verdad) excusarse de tener siempre los ojos fijos sobre ella; y aunque camine por la senda de la razon, no debe negarse á seguir la revelacion divina. Por manera que si sus racionios le conducen á alguna proposicion que sea contraria á las verdades reveladas, debe persuadirse (y no es muy difícil) que se extravía y que sus racionios son puros paralogismos. Así procede el que cree la revelacion divina : pero el que dice que solo quiere prescindir de ella, y entre tanto establece proposiciones y teoremas contrarios, este se burla de sus lectores, y aunque enmascarado, es un naturalista verdadero. Con este criterio conoceremos ahora á nuestro autor.

Dice pues, que aunque las leyes naturales, hablando *generalmente y en abstracto* <sup>2</sup>, estén apoyadas en motivos capaces de hacerlas observar, con todo eso « si solo se » considera la estrecha escena de este mundo, las consecuencias del vicio y de la virtud no son tan sensible- » mente diversas, que la mayor parte de los hombres se » halle constantemente determinada á preferir la una á » el otro. Acaso muchos juzgarán (continúa) que las ri- » quezas ú otro bien particular podrán traer en pos de » sí poco menos utilidades que la rígida virtud, y que su » adquisicion y conservacion les costará mucho menos. » ¡ Cuántos males resultarán de aquí á la sociedad huma-

1 ¿ Pero dónde se han tomado las verdaderas ideas de la moral, sino de las verdaderas prácticas reveladas por Dios? No se nos diga que los filósofos gentiles, sin revelacion, conocieron ideas de moral : seria necesario para atribuirles únicamente á su razon, olvidar que habia habido una revelacion primitiva, cuyos vestigios se descubren aun en medio de los *cultos idolátricos*. La razon, dejada á sí sola, si halla algunas verdades son bien pocas, y estas mezcladas con muchos errores, ¡ y en la práctica con cuántos desórdenes! Véase el *Ensayo de La Mennais*, t. I y II de esta Biblioteca.

2 *Ibid.*, cap. 8, § 125.



» na! Esta reflexion, añade <sup>1</sup>, recibe un nuevo grado de  
 » fuerza si se considera puede esperarse el evitar, y se  
 » evitan en efecto muchas veces los malos efectos del  
 » vicio, y no se consiguen con frecuencia las ventajas  
 » que produce naturalmente la virtud. Añadamos por  
 » último, dice tambien <sup>2</sup>, que si un sistema redujese las  
 » cosas á la duracion de esta vida, él estaria privado de  
 » motivos suficientes en el caso en que para cumplir una  
 » obligacion importante fuese necesario resolverse para  
 » ello á los mas grandes sacrificios, como seria el de la  
 » vida. En la moral todo es cálculo, y toda accion que  
 » no puede producir sino algun mal para el que la obra,  
 » es una accion moralmente imposible para un hombre  
 » que calcula bien. » De estas reflexiones pasa á estable-  
 » cer la existencia de otra vida, en la cual será el alma  
 » inmortal, y dice: « que en ella <sup>3</sup> el estado de los que  
 » hayan violado las leyes del orden será mas ó menos  
 » penoso: y la suerte de los que las hayan observado  
 » mas ó menos feliz, en proporcion á los progresos y  
 » constancia en aquellos dos estados. » Hasta aquí bien;  
 » pero pasemos adelante. Mas si al autor se le pregunta en  
 » qué consiste la felicidad ó miseria de la otra vida, no  
 » hallo que sepa responder con claridad. Solamente dice,  
 » que la virtud <sup>4</sup> es el camino de la felicidad, y el vicio el  
 » de la miseria, provocándonos para persuadirlo á la  
 » « experiencia <sup>5</sup>, la cual nos muestra, que hay una estre-  
 » cha union entre la felicidad del hombre, y una conducta  
 » conforme á la naturaleza y á su condicion. Que son  
 » pocos los deberes á cuya transgresion no siga algun  
 » mal moral ó fisico; y cuya observancia no produzca  
 » alguna utilidad, aunque no sea mas que el sentimiento  
 » grato consiguiente á la aprobacion de sí mismo. » Por  
 » lo que sigue diciendo <sup>6</sup>: « Supuesta la igualdad en los  
 » otros bienes de esta vida, nada concebimos mas apete-  
 » cible que el estado de un hombre perfectamente vir-  
 » tuoso, y nada mas horroroso que uno enteramente  
 » malvado: la felicidad ó la miseria se minoran en razon  
 » de la distancia de estos dos extremos. » Este género

1 *Ibid.*, § 127. — 2 *Ibid.*, § 128. — 3 *Ibid.*, § 156. — 4 *Ibid.*,  
 § 154. — 5 *Ibid.*, § 122. — 6 *Ibid.*, § 123.

pues de felicidad ó de miseria, « segun que se hayan  
 » violado <sup>1</sup> ú observado las leyes de la naturaleza, suple  
 » perfectamente, dice nuestro autor, la sancion física de  
 » las mismas leyes naturales. ¿Y por qué, añade, una  
 » accion virtuosa ha de hacerse penosa á un hombre sa-  
 » bio, esperando de ella consecuencias felices por toda  
 » una eternidad? ¿Y cómo el vicio no inspirará horror  
 » si á los males que en esta vida ocasiona, se juntan los  
 » que le seguirán en la futura? » Despues para que nin-  
 » guno de sus filósofos se arredrase con esta doctrina, al  
 » que le pregunta si este mal en la otra vida será *insopor-  
 table y eterno para los viciosos* <sup>2</sup> (disposicion que aquí  
 mismo se dice *se opondria á las ideas que tenemos de la  
 bondad de Dios*): responde inmediatamente, que tales  
 pensamientos están muy lejos de él y de su sistema <sup>3</sup>: y  
 por tanto la conclusion de todo esto, y aun de toda su  
 moral es, que la infelicidad de los malos en la otra vida  
 será aquel dolor que es consiguiente á la violacion de las  
 leyes; pero que *este sentimiento del alma* <sup>4</sup> por haberse  
*extraviado del camino de la felicidad, la forzará á volver  
 á él*. Y así concluye toda la obra con estos tres epifone-  
 mas, que se pueden decir el complemento de todo el  
 naturalismo.

« ¡Bienaventurados los <sup>5</sup> que desde luego conocieron y  
 » siguieron el camino de la felicidad!

» ¡Bienaventurados los <sup>6</sup> que lo han conocido y seguido,  
 » aunque mas tarde!

» ¡Bienaventurados en fin <sup>7</sup> todos los hombres, por mas  
 » indolentes que hayan sido en conocerlo y en seguirlo!  
 » Porque tienen siglos para llegar á su dicha; la natura-  
 » leza les inclina á caminar sin descanso á ella; y les  
 » resta una eternidad para gozarla. »

VIII. *Se demuestra por los principios del autor, que favo-  
 rece al libertinaje, y que su sistema es pernicioso á la  
 sociedad.*

Hemos tenido á bien expresar latamente los sentimien-

1 *Ibid.*, § 158. — 2 *Ibid.*, § 159. — 3 *Ibid.*, § 163. — 4 *Ibid.*,  
 § 163. — 5 *Ibid.*, § 164. — 6 *Ibid.*, § 166. — 7 *Ibid.*, § 168.



tos de este autor, á quien, como desde el principio dijimos, no falta penetracion ni método. Sus mismas palabras no dejan dudar de la exposicion fiel de sus pensamientos, los cuales aunque falsos (por lo que respecta á estos últimos teoremas apoyados sobre el falso supuesto, de que en la providencia del Ser soberano no hay mas que una ciega y no sabia bondad), no tratamos ahora de confutarlos<sup>1</sup>: nuestro intento solo es mostrar brevemente con sus mismos principios, que su sistema (el cual en sustancia no es diverso del poco ha reprobado) conduce á la disolucion y á la ruina de la sociedad. El sabio lector lo habrá ya conocido; mas con todo no será inútil el presentarlo en un simple racionio. Aquel sistema conduce al libertinaje, cuyas leyes naturales no están autorizadas de *suficiente sancion*, ó de motivos para hacerlas observar superiores á las razones que la mayor parte de los hombres puede tener para violarlas. En el sistema expuesto las leyes naturales carecen de *sancion suficiente*: luego conduce al libertinaje. La primera proposicion es evidente por lo que se ha dicho en otras partes, y el mismo contrario repite y expone en varios lugares. La segunda es no menos palpable: en el expuesto sistema se promete una felicidad eterna á los violadores de las leyes naturales igualmente que á los observantes de ellas: ¿quién pues jamás se persuadirá que la mayor parte de los hombres no se dé á satisfacer sus apetitos, á adquirir riquezas por todos medios, y á cualquiera otro desahogo prohibido por las leyes, luego que lleguen á persuadirse que despues de una vida alegre, disoluta y licenciosa, serán tan felices por toda la eternidad como los que siguen la probidad mas rígida y mas penosa? En vano se responderá que en este sistema se repite é inculca que como el gozo es consecuencia de la virtud, así lo son del vicio la pena y la miseria: estas voces, segun suenan en el presente sistema, no prestan sancion bastante á las leyes. Y en pri-

<sup>1</sup> Quien desee ver examinada mas por extenso la controversia acerca de la *eternidad de las penas de la otra vida*, lea la obra doctisima del famoso teólogo P. Vicente Patuzzi *De aeterno impiorum fato*, en donde encontrará firmemente sostenido el dogma católico, y disueltos de propósito todos los sofismas de los filósofos.

mer lugar, el mismo autor confiesa, que si ceñimos al « corto tiempo de este mundo las consecuencias del vicio » y de la virtud, no son diferentes en tal grado, que la « mayor parte de los hombres se determine constantemente á preferir lo uno á lo otro. » Así que resta saber, si estas consecuencias para la mayor parte de los hombres serán en tal grado diferentes en la otra vida, que puedan determinarlos á preferir constantemente en esta la virtud al vicio. Se dice en este sistema, que los viciosos tendrán que sufrir males en la otra vida: mas ¿cuáles serán estos? No se da una idea clara y distinta de ellos; y por consiguiente ninguna que sea capaz de hacer impresion en la mayor parte de los hombres. Se indica al parecer que estos males serán el pesar que nace de no haber conocido la propia utilidad, que consiste en la práctica de la virtud; pero se insinúa al mismo tiempo que este mal *no será insoportable*. Además no se indica cuál será su temporal duracion: de modo que podria suceder que se acabe en un momento, esto es, luego que el sentimiento enseñe al alma, « que se habia separado » del camino del bien, y el deseo de la felicidad la obli- « gue á volver á él prontamente<sup>1</sup>. » Por último, el principio cierto en este sistema es, que el alma volverá seguramente á entrar en el camino de la felicidad, y será para siempre bienaventurada. Ahora bien; si, como dice nuestro autor, *en la moral todo es cálculo*, ¿cuántos serán los hombres que calcularán un mal tan confuso, tan incierto, tan lejano, tan breve, y lo hallarán preponderante á la satisfaccion de todos sus apetitos, y algunas veces mas grave que los mas penosos sacrificios y aun el de la vida, al que, como el mismo confiesa, es necesario á veces resolverse para cumplir alguna obligacion importante? En vano exclama que una « accion virtuosa no parecerá » grave al hombre prudente que espera de ella consecuencias felices por toda la eternidad: *en vano repite* « que el vicio inspirará mas aversion, cuando se piense » que á los males que en esta vida ocasiona, se añadirán » otros en la futura. » Los que sigan su sistema se reirán, y con razon, de estas bellas máximas y exclamaciones.

<sup>1</sup> Vide § 164.



¿Y por qué, dirán, nos hemos de sujetar á la pena que cuesta aquí la virtud y la observancia de las leyes naturales por una felicidad de otro mundo, de la que no se nos da sino una muy lánguida y confusa idea, y de la cual, dado que sea real, hemos al fin de participar por toda la eternidad, aun despues de haber satisfecho todas nuestras pasiones? ¿Y por qué hemos de tener tanto horror á los vicios en que al presente hallamos todas nuestras satisfacciones, si las consecuencias funestas de la otra vida son inciertas, y á lo mas solo consisten en un tránsito á la eternidad de contentos, triste algun tanto, pero nunca insoportable? En suma, en este sistema las consecuencias de la virtud y del vicio, por lo que toca la eternidad son igualmente felices; y si resulta pesar del vicio, este ni por lo acerbo, ni por la duracion que se le señala, es capaz de contrapesar y vencer los incentivos que pueden tentar á los hombres para violar las leyes naturales. Luego en este sistema las leyes no están revestidas de suficiente sancion; y por consiguiente este sistema, segun los mismos principios del autor, conduce á la corrupcion de las costumbres y á la ruina de la sociedad. Lo cual demostraremos en los capítulos siguientes.

---

## CAPÍTULO XI.

El sistema de los libertinos es pernicioso á la sociedad.

I. *Aunque esta proposicion es una consecuencia natural de lo que queda ya dicho, con todo eso la impugnan algunos, y particularmente Bayle.*

De cuanto hemos dicho hasta aquí en orden á la *corrupcion de los incrédulos*, que hemos demostrado es el *mantamiento de sus dudas en materia de Religion*, y del carácter que singularmente los distingue cuando han llegado á profesar la impiedad, es tan fácil el inferir que debe se

tambien perniciosísimo su sistema á la sociedad, que parece superfluo detenerse á demostrarlo. Con todo eso, ha llegado á tal extremo la osadía de algunos, que no temen representarlo como un problema; y aun dándole una apariencia de cuestion obscura y difícil, despues de varios rodeos y sofismas llegan finalmente á decidir que el ateismo no solo es menos pernicioso á la sociedad que la *Supersticion*, sino que en modo alguno la perjudica; de manera que puede subsistir felizmente una sociedad aun cuando desterrada toda religion y creencia, todos profesen puramente la impiedad. ¡Extraña en verdad y monstruosa paradoja! Sin embargo, Pedro Bayle no se sonrojó de emplear las mas largas y sutiles meditaciones para presentarla digna de la aprobacion universal, como puede verse en los *Pensamientos sobre el Cometa*; en la *Continuacion á esta obra*; en las *Respuestas á un provincial*; y en varios lugares de su *Diccionario*, Juan Tolando siguió sus pasos en la disertacion que intituló: *Adeisdæmon*, que es decir: *El hombre sin supersticion*, y otros frívolos, pero no menos atrevidos, filósofos ó libertinos, que beben de ordinario toda su ciencia en las fuentes del gran sofista de Róterdam.

II. *Se demuestra que el ateismo es contrario á la Sociedad.*

Para venir, pues, al punto de nuestra ilacion, ya que nos provocan á ello bien sea en los libros, bien en conversaciones, no rehusaremos explicarla claramente; tanto mas cuanto es un nuevo argumento del grande horror con que todo el género humano debe mirar tan extraña filosofía, y del interés que tienen en exterminarla los que velan sobre el bien comun. Decimos pues, en primer lugar, *que el ateismo es tan pernicioso á la sociedad humana y en tanto grado, que directamente se opone á su existencia.* Para demostrar esta proposicion como deducida con la mas clara evidencia de las doctrinas ya sentadas, sea la base de nuestro raciocinio una máxima que un docto inglés<sup>1</sup>, escribiendo á otro propósito, dice con razon ser

1 Dilton. *La Relig. Crist. demonstr. por la resur.*, p. 2, cap. 7.